



completo, universal de los hechos históricos, desde el origen de los tiempos hasta nuestros días; un genio dotado de tan altas cualidades, que con su mirada de águila alcanzase á comparar, clasificar y generalizar esos mismos hechos, analizándolos primero y uniéndolos después al calor de una síntesis científica, para deducir de ellos la ley general de la historia de la humanidad, esa deducción y esa ley no podrían salir de la condición de los cálculos humanos, ni tener otro apoyo que el de la probabilidad. Cualesquiera que fuesen las razones aducidas en apoyo de su deducción sintética del pasado de la humanidad y de la ley histórica universal, siempre quedarían sujetos á la contraprueba experimental del porvenir de la sociedad, y nadie puede lisonjearse sin temeridad de que la marcha del género humano en el tiempo futuro, no haya de desmentir sus cálculos y teorías basadas sobre transformaciones parciales y movimientos determinados de la humanidad, y por otras apreciaciones más ó menos acertadas y filosóficas, pero siempre fáciles y aisladas de la razón humana.

El racionalismo, así de Hegel, como de Herder, Krausse y Jouffroy, ha hecho gigantescos esfuerzos para descubrir una ley *a priori* que señale el camino que ha de seguir la humanidad; constituyendo esta ley como á manera de piedra fundamental de la ciencia que nos ocupa. Antes de entrar en el análisis de sus escuelas y pensamientos capitales que predominan en ellas, oigamos el hecho arrogante de este error perturbador de la ciencia, en defensa de los fueros de la razón. La gran diferencia, dice Jouffroy que separa al hombre del resto de los animales, es que la condición de estos no cambia á través de los siglos, mientras que el hombre se halla en un movimiento perpétuo de transformación. La condición de los castores y las abejas, es hoy la misma que el día de la creación. La condición del hombre en la sociedad, cambia todos los siglos, se modifica todos los años, se altera todos los días. La Historia acoge estos cambios, pues tal es su misión; registra lo que pasa, á fin de que sirva de lección para el porvenir. La Filosofía de la Historia indaga la causa de estos cam-

bios, y busca el hecho general, pero iluminado por la razón, del movimiento de la vida.

¿Qué principio es este? ¿Qué ley, qué causa es esta? Esta primera indagación de la Filosofía de la Historia, este principio y causa, no lo encontramos en la tierra sobre la cual el hombre está llamado á desenvolverse; porque la tierra, que es la mansión del hombre, le es común con las bestias; esta mansión es hoy lo que era ayer, y no entraña una causa que explique el movimiento de la humanidad. Si pues la causa no se halla en la morada, es necesario inquirirla en quien la habita. Dos móviles influyen sobre la conducta del hombre, que son la tendencia de su naturaleza y las ideas de su inteligencia sobre los diferentes objetos á que aspiran sus tendencias. Obedeciendo á las primeras, obedece apasionadamente. Obedeciendo á las segundas, obra racionalmente. Aquellas dominan en la infancia; estas en la edad madura y en la vejez. Las tendencias de la naturaleza humana son invariables como ella, y son lo mismo en todas las épocas y en todos los lugares. Las ideas de la inteligencia varían de siglo á siglo; cambian y mudan como el conocimiento humano; y el conocimiento humano se agita en un mundo de perpétua variabilidad. Si la condición de las bestias no cambia, es porque su conducta está determinada exclusivamente por la tendencia de su naturaleza, la cual es invariable. Si las condiciones del hombre varían de un siglo á otro siglo, de una época á otra época, es sin disputa, porque su conducta no está solamente determinada por las tendencias de su naturaleza, sino principalmente por las ideas de su inteligencia, que son esencialmente variables. El principio, por tanto, de movilidad de las cosas humanas, está en la movilidad de las ideas de la inteligencia. Síguese de aquí, que todos los cambios que se operan en la condición del hombre, todas las transformaciones que en él se verifican, se derivan de su condición intelectual, de sus cambios de ideas; no siendo, en último término, la historia de estos cambios más que la historia del movimiento intelectual de la humanidad. Este estudio no es otra cosa que el estudio de la historia de la humanidad, toda vez que en el



mundo no hay más que dos cosas: lo permanente y lo transitorio, lo inmutable, que es objeto de la ciencia, y lo que cambia, que es el objeto de la Historia. Todo lo que no se deriva de la voluntad humana, es inmutable.

El objeto de la Historia, en la acepción más legítima de la palabra, no es otra cosa que el desenvolvimiento de la naturaleza y de la voluntad humana, manifestado por los cambios exteriores que han originado en las diferentes épocas; los efectos de este desenvolvimiento, el conjunto sintético y científico de estos cambios en cierta época, constituyen la condición humana en la misma época de la historia de estos cambios. Es, pues, la Historia el desenvolvimiento de la voluntad humana, como aquella es el desenvolvimiento de la inteligencia del hombre. Los desenvolvimientos de la inteligencia, los cambios sucesivos en las ideas y los efectos propios de estos cambios, hé aquí el orden lógico con que se nos presenta la ciencia histórica. La Filosofía afirma todos estos cambios en su comprensión; mas no procede de la causa al efecto, sino que sigue un orden inverso. Por necesidad, las ideas son invisibles; sólo los hechos caen bajo nuestra observación; los hechos de donde se deducen las ideas, calificando el signo por la cosa significada. Hé aquí el orden histórico: el cambio total del movimiento humano, ofrece tres problemas que resolver, á saber: 1.º, cuál ha sido la forma visible de la humanidad desde el origen de los tiempos hasta nuestros días; 2.º, cuál ha sido el fondo de la inteligencia humana, ó el desenvolvimiento de las ideas en la humanidad; 3.º, armonía de estos dos desenvolvimientos, ó deducción lógica del desenvolvimiento de las ideas por el desenvolvimiento de los hechos humanos. Hé aquí el campo de la Filosofía de la Historia, según el racionalismo profesado por Jouffroy: «La mayoría de los historiadores, dice, se limitan á los hechos y se olvidan de las causas que han engendrado á estos. Así han escrito la Historia los que, olvidando instituciones políticas y religiosas, las artes, la vida privada y la industria de los pueblos, se han limitado á narrar la vida de los reyes, las batallas, los tratados, el apogeo y caída de los imperios; hechos, que no son más que las con-

secuencias de los primeros, y que, narrados aisladamente, nada son ni significan ante la ciencia. Los historiadores que han introducido en sus narraciones históricas las costumbres y las instituciones, han causado una verdadera revolución científica y han sido apellidados historiadores filosóficos, cuya gloria científica atribuye falsamente Jouffroy al siglo XIX. El día, añade, que se haya reconocido que la inteligencia humana está sometida en su desenvolvimiento á leyes constantes, la sucesión de las ideas no será más que una causa secundaria, y la Filosofía de la Historia, cambiando de objeto, no se aplicará legítimamente más que á la sucesión de las ideas por las leyes necesarias del desenvolvimiento intelectual. Entonces, si ese día llega, la Historia no tendrá objeto: la ciencia le habrá sucedido en el dominio de la investigación de las modificaciones humanas; del mismo modo que la Filosofía de la Historia ha sucedido á la narración aislada de los hechos.»

Este es el camino que la Historia ha seguido hasta el presente; elevada así en el desenvolvimiento de los hechos á las instituciones y á las costumbres, las cuales no son más que hechos generales; y de las instituciones y costumbres á la generalización de las ideas; encerrando así los efectos en sus causas y lo particular en lo general; aspirando hoy á hallar la ley de la sucesión de las ideas y fijar una ley que sea á la par ley de la Historia. ¿Llegará á verificarse el descubrimiento? Puede ser, dice el racionalismo; si bien, aun dada la posibilidad de esta conquista, no está reservada á las generaciones modernas; porque las gradas de esta ciencia absoluta están obstruidas al débil paso de la humanidad.

La sucesión de las ideas, causa inmediata de la sucesión de las instituciones, religiones y costumbres, dista mucho de estar determinada exactamente ante la ciencia, puesto caso que no conocemos sino muy insuficientemente todo este movimiento en las diferentes épocas y países de la vida humana; mucho menos, por lo tanto, podremos descubrir la ley de las leyes, la cual, si existe, repetimos, debe ser el resumen y la expresión general de la historia de la vida.

El desenvolvimiento de la inteligencia hu-



mana tiene un doble aspecto: espontáneo y reflejo. A la manera que en el entendimiento se desenvuelven espontáneamente algunas ideas, así se desenvuelven naturalmente en la sociedad, hallando en su seno una suma de ideas adquiridas sin indagación, sin plan preconcebido intelectual, cuya riqueza de instituciones y de costumbres vienen á formar una religión, un gobierno, una industria determinada; y esto, que acaece así en el individuo como en la sociedad, llega á suceder en la humanidad en general, que se desenvuelve, sin saberlo, en una serie de instituciones tan completas como son las necesidades humanas. Entre el individuo, la sociedad y la humanidad, el movimiento es igualmente espontáneo, sin más diferencia que la mayor ó menor rapidez en su desarrollo. Las revoluciones de las ideas no están separadas más que por algunos años en la vida del hombre; una sociedad necesita un siglo para dar un paso hácia adelante, y la humanidad exige una serie de siglos. Las revoluciones humanas se componen de revoluciones sociales, y las revoluciones sociales no son sino un resultado de las revoluciones individuales para perturbar las conciencias. Ahora bien: para que una revolución llegue á ser común á la inmensa mayoría de los miembros de una sociedad, es necesario dejarla marchar por las diversas direcciones y caminos que conducen á su fin. Y para que una revolución se extienda á todas las sociedades, es también necesario que llegue hasta el fondo de cada una de ellas el pensamiento transformador de las ideas. Tal es el desenvolvimiento espontáneo de la inteligencia del hombre, hecho incontestable en la familia, en la sociedad y en la humanidad. Pero mientras que en la mayoría de los hombres la inteligencia no se desenvuelve sino espontáneamente, en otros toma cuerpo el pensamiento reflejo ó filosófico, que imprime carácter á los hechos históricos. Las facultades no son potencias independientes, sino que mutuamente se coordinan y auxilian, moviéndose bajo la dirección de la razón y encaminándose á un fin.

Es preciso, pues, afirmar que los Filósofos de la Historia y los autores de dogmas sociales, son los precursores y promovedores de los mu-

vimientos sociales y de la vida de la Historia. Ciertamente que hasta el presente ha prevalecido el desenvolvimiento fatal de las ideas aplicado á la historia al influjo de las pasiones individuales. La influencia de estas en las pequeñas repúblicas de la antigüedad, retardaron el advenimiento de las revoluciones; el mundo ha cambiado, rígese hoy por ideas, y las ideas empujan al mundo en la corriente del movimiento social. Llegar al conocimiento supremo y absoluto de las ideas madres, es hoy imposible; día llegará en que la razón lea claramente su porvenir en su propio santuario; entonces habrá llegado el progreso de la Historia á su apogeo. El nombre de Montesquieu, padre legítimo de la historia en los tiempos modernos, así como Tito Livio es el historiador legítimo de los tiempos antiguos, ¿llegará á ver realizado el ideal de la Historia?

El racionalismo, como se ve, pretende llegar á un ideal imposible, al conocimiento supremo y absoluto de las últimas razones de las causas y al descubrimiento de los principios esenciales de las cosas y del movimiento social; como si las fuerzas de la razón humana pudiesen penetrar en el secreto é infinito pensamiento del Hacedor.

Recorramos ahora las principales escuelas que en el mundo moderno se han disputado el estudio de la Filosofía de la Historia. El primer genio que, adelantándose á su época, propaló principios que se separaban del común sentir histórico seguido hasta entonces, fué Nicolás Maquiavelo. Antes que nadie, en efecto, esforzó el ingenio para investigar las causas lejanas de los sucesos, creando sin disputa una obra original, en la que esculpió su pensamiento descarnado de toda gala, pero en el fondo enteramente clásico: «Lleno de entusiasmo por el triunfo, dice Cantú, poseído de admiración hácia todo golpe de audacia política, Roma le parece grande del mismo modo que á Polibio, porque conquistó tantos pueblos, y les quitó por fuerza ó por astucia, riquezas, leyes, libertad é independencia. Este era el ejemplo que proponía á los tiranos de Italia: exterminar con el acero, ó envolver en una red de engaños á todo aquel que se resistiera, y sacrificar hecatombes hu-



manas al idolo de una grandeza cimentada sólo en la fuerza. Hé aquí el pensamiento político homicida del secretario Florentino, tan extraño á las ideas modernas, que ha sido asunto de discusión entre los eruditos si habló de buena fe ó irónicamente; pero ya el buen sentido popular había pronunciado su fallo en tal materia, dando el nombre de su autor á esa miserable política, que proponiéndose un fin no repara en los medios, sean justos ó injustos, sagaces ó violentos; política de que se acusa á Italia, como inventora, por los mismos que la han hecho víctima de ella.

»Y sin embargo, Maquiavelo tiene ya mucho de moderno: introduce la discusión en la Historia, y tiende á reducir á teoría filosófica la serie de los hechos. En esto le imitan el sutil Comines y Guicciardini, el cual por su servil imitación de los antiguos, su pesadez en las arengas, su palidez en las descripciones y la inhumana indiferencia de sus juicios, sobresale entre los escritores para quienes la Historia era el arte de ejercitar la elocuencia, de poner en relieve un personaje ó un suceso, dejando en oscuridad á la muchedumbre que carece de nombre.

Después de Maquiavelo, ocupa un lugar importante en la Filosofía de la Historia Vico, el autor de la *Ciencia Nueva*, el cual sienta como base de todo su sistema, que la Filosofía de la Historia se funda en las modificaciones progresivas de la mente humana y en su desenvolvimiento, que aplicado á sus principios históricos, no es más que el de nuestra razón.

«El hombre, dice este ilustre publicista, analizado por Constanzo, experimenta sensaciones fuertes antes de reflexionar; luego contempla más detenidamente los objetos que le rodean, pero con mente perturbada; y por último, su razón se robustece, su imaginación se amortigua y su reflexión triunfa. El hombre en su estado primitivo, abandonado á sus propios instintos, se halla bajo el imperio del mundo exterior, cuyos fenómenos extraordinarios, que no comprende todavía, como los rayos, los temblores de tierra, los eclipses, los truenos, etc., le infunden pavor; le dan la primera idea vaga y confusa de la divinidad, y le arrancan de la barbarie.

Este período constituye la *época religiosa*, punto de partida de la humanidad; luego sucede otra en que el hombre constituido en sociedad da mayor latitud á sus ideas, principio al *período heroico*, que se funda en la distinción de razas, esto es, nobles y plebeyos, dando origen á una constitución política viciosa, que sirve, sin embargo, de iniciativa lenta á la formación de un estado social más compacto, que reúne á los que buscan un asilo en el seno de la familia. Esta época, que no es todavía definitiva, da principio á una lucha; pero los plebeyos disputan la herencia de sus derechos naturales á los patricios, por último los vencen: se funden paulatinamente las razas y se organiza un nuevo cuerpo político bajo la influencia de las ideas de justicia é igualdad. Esta es la tercera época, denominada por Vico *humana*...

El *período divino*, infancia de la humanidad, corresponde á los primeros esfuerzos oscuros, indeterminados y confusos de nuestra inteligencia, que en su primer desarrollo se confunde casi con el instinto y se queda absorbida en los sentidos; el segundo, esto es, el *heroico*, á la edad en que triunfa la imaginación del hombre, que es la facultad más atrevida y fuerte que se despierta en nosotros al salir de la infancia; y el tercero, ó *humano*, al hombre adulto, cuyas acciones son el fruto de una fuerza reflexiva que reúne la experiencia de los hechos.

Cada uno de estos tres períodos tiene una forma de gobierno propia y análoga al estado de desenvolvimiento progresivo de nuestra razón. En las naciones en que domina el *principio divino*; el gobierno es enteramente teocrático; en el *período heroico*, el poder reside en las manos de la aristocracia; y el *humano*, está reunido en la persona del monarca que gobierna sin distinción de clases. Las lenguas, en su primera infancia, las encontramos geroglíficas y misteriosas, porque sirven para manifestar bajo formas sensibles los atributos divinos; las encontramos simbólicas y poéticas posteriormente, porque están destinadas á celebrar las hazañas prodigiosas de los héroes bajo el velo de la alegoría; y últimamente, toman una forma



lógica y racional, porque son el producto de la reflexion inherente á la época humana.»

No se necesitan á la verdad grandes esfuerzos de reflexion y raciocinio para reconocer que esta teoría de Vico carece de solidez científica, y es absolutamente insostenible. Por de pronto, flaquea por su base al pretender dar razon de la génesis social y política de la humanidad, tomando por punto de partida el estado salvaje del hombre ó su embrutecimiento originario. Levantar el edificio de la Filosofía de la Historia sobre semejante hipótesis, es edificar en el aire; porque nadie ignora que la razon, la historia y la ciencia moderna rechazan hoy de consuno la ridícula y absurda teoría del salvajismo originario del hombre, siquiera esa teoría formara en el siglo pasado la gloria de Rousseau, y siquiera tambien veamos que en nuestros dias se esfuerzan en renovar y restaurar la teoría del filósofo ginebrino y de sus contemporáneos los enciclopedistas, los adeptos y partidarios de los estudios prehistóricos; bien así como los modernos positivistas y darwinistas esfuerzanse en restablecer, propagar y consolidar las doctrinas materialistas y ateas de los enciclopedistas aludidos. Sea esto dicho de paso, y sin que por eso pretendamos negar la utilidad y la importancia relativa de los estudios prehistóricos, siempre que estos, moviéndose dentro de las condiciones de la sobriedad científica, no traspasen los límites prefijados por las leyes inflexibles de una lógica severa é imparcial.

Por otra parte, la experiencia misma se encarga de demostrar la falsedad de esa hipótesis, acariciada por la filosofía incrédula y materialista del siglo XVIII. Hemos visto, en efecto, y vemos con frecuencia, tribus salvajes que se civilizan de una manera más ó menos rápida, más ó menos perfecta, bajo la influencia de la predicacion evangélica y de las doctrinas esencialmente civilizadoras del cristianismo; hemos visto, y vemos tambien en nuestros dias, tribus y naciones que, al contacto de la civilizacion europea ó americana, que son en el fondo la civilizacion cristiana, suavizan sus costumbres, modifican sus ideas é instituciones, y se agitan y se mueven, y marchan por el camino de la civilizacion, siquiera sea con lentitud; pero

jamás hemos visto, ni vemos, que tribus ó naciones salvajes, abandonadas á sí mismas y privadas de todo contacto con naciones más ó menos adelantadas y perfectas, pasen del estado de la barbárie al de la civilizacion. Suponer pues, la barbárie primitiva en el hombre ó su salvajismo originario, equivale á negar la posibilidad y existencia de la civilizacion en la humanidad, y por consiguiente equivale á negar la existencia de lo que vemos con nuestros ojos y tocamos con nuestras manos.

La teoría de Vico adolece además de otro defecto ó vicio capital, cual es el suponer y afirmar que el origen de la religion en el hombre es la impresion de terror producida por grandes fenómenos de la naturaleza; error trascendental, que bastaría por sí solo para juzgar severamente y rechazar la teoría del filósofo napolitano. Esto equivale, por de pronto, á negar la existencia de la revelacion sobrenatural y positiva hecha por Dios al primer hombre, así como tambien la existencia de las tradiciones religiosas derivadas de aquella revelacion primitiva y divina, tradiciones atestiguadas por la Historia, la poesía y los monumentos de los pueblos más antiguos, por más que aparezcan en ellos desfiguradas con ficciones poéticas y envueltas en formas simbólicas y más ó menos misteriosas. De manera que en esta parte la teoría de Vico se halla en abierta oposicion, no solamente con la enseñanza del cristianismo, sino tambien con hechos históricos incontestables y universalmente admitidos.

Y si esta afirmacion de Vico es inadmisibile bajo el punto de vista histórico, puede calificarse de absurda y errónea en el terreno filosófico y científico; porque la razon y la filosofía demuestran evidentemente que el conocimiento de Dios y las diferentes manifestaciones del sentimiento religioso, tienen en el hombre bases más sólidas, fundamentos más racionales y raíz más profunda que el terror producido por determinados fenómenos de la naturaleza. Más todavía: señalar ese terror como origen y causa única ó principal de la religion, equivale en último resultado á negar la existencia real y la verdad de toda religion; toda vez que la razon y la ciencia demuestran que los indicados fenóme-

nos proceden en realidad de causas naturales, sin que sea necesario considerarlos como manifestaciones inmediatas, exclusivas y especiales de la divinidad. Luego la suposicion expresada de Vico, además de hallarse en contradiccion con la Historia y con la ciencia, que señalan otro origen y otras bases á las manifestaciones religiosas del hombre, conduce por una parte al naturalismo, y por otra al ateísmo ó negacion de toda religion positiva y racional.

Aun cuando la teoría del filósofo italiano no presentara más errores é inconvenientes que los que acabamos de exponer, serian estos más que suficientes para demostrar su falsedad y para que fuera rechazada como inexacta, errónea é inadmisibile. Pero la verdad es que la teoría de Vico, como todas las teorías sobre la Filosofía de la Historia formuladas *a priori*, se halla en abierta oposicion con los hechos históricos, los cuales se ve precisada á desfigurar completamente ó á prescindir de ellos, so pena de ver desaparecer su forma sistemática y sus apariencias científicas. En efecto, la teoría de Vico supone: 1.º, que todos los pueblos ó naciones de importancia recorren necesariamente los tres periodos, divino, heróico y humano, arriba indicados; 2.º, que la forma de gobierno que corresponde al período humano, y por consiguiente la más perfecta, es la monarquía pura ó absoluta; 3.º, que cuando una nacion ha llegado al período humano ó perfecto en el orden político, se halla condenada á la anarquía y la disolucion social, ó en otros términos, á volver á la barbárie de donde saliera, para comenzar de nuevo el mismo movimiento y recorrer los tres periodos indicados.

Ahora bien: ¿no es á todas luces evidente é incontestable que esas suposiciones ó afirmaciones no se hallan en armonía con los hechos históricos ni con los principios y apreciaciones de las ciencias políticas y morales? ¿Puede admitirse, sin negar la Historia ó violentar su testimonio, que el imperio de China, por ejemplo, el del Japon ó el de Rusia, hayan recorrido las tres épocas mencionadas en la forma y condiciones que Vico supone? ¿Puede admitirse tampoco la afirmacion absoluta del filósofo italiano sobre la perfeccion de la monarquía pura

como forma de gobierno, ó se halla en armonía esa afirmacion con los datos y enseñanza de la Historia general de la humanidad? Finalmente, la Historia desmiente tambien, con no menor claridad y energía, la suposicion de que cuando un pueblo ha llegado á adquirir la perfeccion relativa en orden á su estado social y político, ó cuando ha entrado en posesion de la civilizacion, se halle condenado inevitablemente á la anarquía y disolucion social, ni ménos á volver á la barbárie primitiva. Si la Historia presenta algunos ejemplos más ó ménos relacionados con esta suposicion, tambien nos los presenta en abundancia, y más evidentes, de pueblos que han recorrido y recorren la escuela de la civilizacion en el grado que Vico exige para la *época humana*, sin que hayan caido en la anarquía ó vuelto á la barbárie. La misma Historia nos ofrece tambien multiplicados ejemplos de pueblos que, conducidos al borde de la anarquía y disolucion, se levantaron de su postracion política y social sin necesidad de volver á la barbárie, ni ménos de ser regenerados por la conquista de pueblos extraños; porque es de saber que para Vico, la conquista es el medio único, natural y propio de regeneracion social y política para un pueblo, cuando este se halla en estado de anarquía y postracion. Y sin embargo, España, para no buscar ejemplos más patentes en otras naciones, no necesitó ser conquistada para levantarse de su postracion y abatimiento anárquico en tiempo de Enrique IV, habiendo bastado para su regeneracion un gobierno moral, ilustrado, firme y enérgico.

Añádase á esto, que el afirmar que la conquista es el medio natural y propio de regeneracion para los pueblos, equivale en buenos términos á justificar la violacion del derecho natural y humano, equivale á sustituir la fuerza bruta y la violencia exterior al poder de la razon, á la energía, á la voluntad y á la fuerza moral del hombre, como elementos principales y generadores de la civilizacion. «Idea absurda, diremos con el ya citado Constanzo, no sólo porque da la preferencia á la fuerza bruta sobre la razon, sino tambien porque ataca directamente al catolicismo, cuyos dogmas y





doctrinas poseen un elemento civilizador indestructible, que se regenera á sí mismo sin acudir á la violencia y á la fuerza de las armas. En efecto, las naciones idólatras, las más degradadas y hasta los salvajes nómadas y antropófagos de la América, se han regenerado en gran parte desde el momento en que, abandonando sus supersticiones y sus ídolos, se han acogido al pendon de la Cruz.»

No entraremos en más detalles sobre la teoría de Vico, lo cual no estaría en armonía con el objeto y condiciones de este trabajo. Pero no dejaremos esta materia sin presentar una última observación. Para nosotros el origen principal de los errores y apreciaciones inexactas de Vico, debe buscarse en el punto de vista exclusivo é incompleto en que se colocó. Leyendo su obra, se nota á primera vista que el filósofo italiano, al escribirla y al formular su teoría, sólo tenía presente ó tomaba en cuenta la Historia griega y romana, prescindiendo casi por completo de los demás pueblos y naciones. De aquí sus afirmaciones y doctrinas sobre los tres periodos ó épocas, sobre las tres formas correlativas de gobierno, sobre la anarquía y disolución de las naciones y su regeneración por la conquista, sobre ese círculo de hierro en que Vico encierra la humanidad, haciéndola pasar alternativa é indefinidamente de la barbarie á la civilización, y de esta á aquella. Si la historia de la humanidad estuviera reducida á la historia de Grecia y Roma, la teoría que nos ocupa sería aceptable, y podría decirse fundada, por lo ménos en orden á algunas de sus principales afirmaciones. Empero como la historia de la humanidad encierra algo más que la historia griega y romana, la concepción de Vico sobre la Filosofía de la Historia es una concepción esencialmente incompleta y necesariamente exclusiva, y por lo mismo plagada de suposiciones gratuitas y de afirmaciones erróneas, que se hallan en contradicción manifiesta con la enseñanza de la ciencia y con el testimonio irrefragable de la historia humana.

Cincuenta años después de Vico, escribía Herder sus *Ideas sobre la Filosofía de la Historia*, y el filósofo alemán presentaba en esta obra una teoría, que pudiera apellidarse en

cierto modo la antítesis de la teoría del filósofo italiano. Mientras Vico considera la razón, y por consiguiente la libertad del hombre, como el agente único y exclusivo de la civilización humana y de sus manifestaciones, Herder concede, por el contrario, una influencia preponderante y excesiva al clima y demás condiciones físicas que rodean al hombre. Para el primero, el hombre es casi absolutamente independiente de la naturaleza exterior y de sus condiciones; para el segundo, la naturaleza física y exterior lo es todo, ó poco ménos, para el hombre, el cual recibe de aquella sus ideas, su organización social y política, y en general su movimiento y su civilización, que son diferentes, según la diferencia de las localidades y condiciones de la naturaleza exterior.

Ni es este el único punto fundamental en que la teoría del filósofo alemán se encuentra en oposición directa con la del filósofo italiano. Hemos visto que este condena á la humanidad á recorrer eternamente la periferie de un mismo espacio, encerrándola en ese círculo de hierro de los tres periodos históricos; Herder, por el contrario, tomando por base la perfectibilidad indefinida del hombre, supone y afirma que la humanidad marcha siempre hácia adelante, y se perfecciona progresivamente según todos los ramos y elementos que constituyen la civilización.

Sin necesidad de entrar en más pormenores, bastan estas indicaciones para juzgar la teoría de Herder, que bien puede calificarse de inexacta y errónea por más de un concepto. Por de pronto, la teoría del filósofo alemán, como todas las teorías formuladas *a priori* sobre esta materia, no se halla en armonía con los hechos históricos. ¿Cómo admitir, en efecto, sin violentar la historia, que la humanidad toda, ni siquiera todas las naciones principales y de importancia histórica, hayan marchado siempre y marchen en la actualidad por el camino del progreso y la civilización? ¿Qué progresos notables nos presenta la Historia durante el curso de muchos siglos con respecto al populoso imperio de la China, y las naciones que habitan la India? Si se exceptúan algunos escasos adelantos relativos á la industria y comercio, debi-



dos al contacto con las naciones europeas, puede decirse con verdad, que esos pueblos y naciones, en religión, en política, en organización social, en ciencias, en artes, en filosofía, se encuentran con poca diferencia en el mismo estado que tenían hace cerca de dos mil años; hasta pudiera afirmarse, que han retrogradado en vez de progresar con respecto á algunos ramos ó elementos principales de la civilización. ¿Produce al presente el Indostan algo que se parezca á las vastas y admirables concepciones literarias, y principalmente filosóficas, de sus antiguos moradores?

Esto sin contar que, aun con respecto á las naciones europeas, en las cuales es más aparente y real ese movimiento progresivo, merced á los principios esencialmente civilizadores y vivificantes del cristianismo que se hallan encarnados en las mismas, no sería tarea muy fácil el demostrar que se hallan bajo la ley del progreso en orden á todos los elementos fundamentales ó integrantes de la civilización, entre los cuales deben enumerarse, sin duda alguna, el elemento moral y el artístico. Y bien; ¿puede demostrarse que nuestra civilización actual se halla en estado de verdadero progreso respecto de épocas anteriores, bajo el punto de vista de las costumbres públicas, y más todavía de las privadas, así como también bajo el punto de vista de la escultura y pintura, principales manifestaciones del elemento artístico? Que las artes han progresado en extensión y universalidad de aplicaciones, cosa es que no puede ponerse en duda; pero si puede dudarse con sobrado fundamento que hayan ganado también en intensidad, por decirlo así, y en perfección, especialmente con respecto á algunas. ¿Hay muchas estatuas en nuestros tiempos que puedan ponerse al lado del *Moses* de Miguel Ángel ó de otras esculturas del siglo XVI? ¿Dónde están las pinturas de nuestro siglo que merezcan figurar al lado de las de Murillo, Rubens, Rafael y tantos otros insignes artistas de pasados siglos?

Empero la teoría de Herder adolece de otro vicio, no ménos trascendental que el que acabamos de consignar, puesto que se refiere á la base misma del sistema. Ya dejamos indicado,

que lo que constituye el principio fundamental de la teoría de Herder sobre la Filosofía de la Historia, es la perfectibilidad indefinida ó ilimitada del hombre. Según esto, la ley que preside y domina la historia de la humanidad, es la realización progresiva de esa perfectibilidad ilimitada que se supone en la humanidad. No tememos decir que esta concepción del filósofo alemán, tiene más de brillante y deslumbradora, que de científica y sólida. Por de pronto, la perfectibilidad ilimitada del hombre es una hipótesis que ni la razón ni la experiencia abonan; mejor dicho, que se halla en contradicción con la naturaleza humana. Lo que es esencialmente finito y limitado, no puede recibir una perfección infinita é ilimitada; y la naturaleza humana, á pesar de su incontestable superioridad relativa y de su nobleza, no traspasa ni puede traspasar los límites de lo finito. Luego la perfectibilidad humana, entrañada en la naturaleza y en las fuerzas naturales del hombre, por grande que se la suponga, es preciso que tenga un límite determinado.

Por otra parte, la razón, la experiencia y hasta la Historia misma, enseñan de consuno que las fuerzas morales é intelectuales del hombre, y por consiguiente la perfectibilidad sobre ellas basada, se hallan en relación necesaria con las condiciones físicas de su naturaleza. Esto, sin contar que no hay razón para suponer que esa perfectibilidad haya de ser ilimitada é indefinida en un orden y no en los otros; antes, por el contrario, la hipótesis del filósofo alemán exige naturalmente que dicha perfectibilidad sea, no sólo armónica, sino completa; abarcando todos los órdenes de perfectibilidad que se observan en el hombre, toda vez que la civilización de la humanidad abarca también y encierra el desenvolvimiento universal de los varios elementos que son como partes integrantes de la misma. Luego es inadmisibile y gratuita la hipótesis de la perfectibilidad indefinida é ilimitada del hombre, puesto que nos vemos precisados á reconocer su perfectibilidad limitada en el orden físico, á no ser que queramos decir con Condorcet, que los hombres llegarán á descubrir con el tiempo el secreto de la inmortalidad, ó por lo mé-